

Equivalencias entre la vida y la niebla: días de mañana
luminosa y cielos abiertos.

Se sale a la puerta de la casa y el frío bate el rostro; las
mejillas se ruborizan, los ojos lagrimean.

Esplende el sol pero apenas calienta. Mejor se evita la
umbría. Ese borde acompaña la luz y la hace extraña.

Ese borde hacia donde todo se encamina.

Una historia como las llamas
de niebla sobre el Spree

[Berlín - Tenerife. Junio 2011 a Julio 2012]



2013

El tramo del río entre dos pequeños puentes que lo cruzan.

El agua bajo la sombra de uno de los puentes llega hasta este día en que cumple cuarenta y nueve años. El viento arrastra las nubes encapotando el cielo y delimita la ligereza de su brillo.

El agua bajo la sombra del segundo puente se doblegó: los restos afloran y desaparecen y afloran otra vez y otra. Persistente, el golpeteo en los pilares de hierro también está ahí, aunque nadie lo escucha.

El caudal entre ambos puentes: bajo la niebla que ahora se adensa parece detenido. Pero no es posible el ojo de buen cubero más allá de una calma aparente.

Lechosa pulcritud en demasía.

Ernesto Suárez (Tenerife, 1963). Es profesor de Psicología Social en la Universidad de La Laguna. Como poeta ha publicado *El relato del cartógrafo* (Ediciones La Palma. Madrid, 1997. También editado por Mucuglifo, Mérida, Venezuela); los cuadernos poéticos *Espumas de carrusel* (Cuadernos Insulares de Poesía. Tenerife, 1982) y *Ocho tankas oscuros* (Ediciones San Roque. Madrid, 1996), además de *Las playas -Cuadernos poéticos 1982-2002-* (Editorial El baile del Sol, Tenerife, 2002) donde reúne parte del trabajo poético precedente. En 2006 publica, en colaboración con el pintor Francisco Orihuela, *11* (Concejalía de Cultura de La Laguna, Tenerife, 2006). Un año más tarde, en 2007 edita un nuevo libro, *La casa transparente* (Caja canarias. Col. La caja literaria. Tenerife, 2007).

¿Cómo será sorimba en alemán? Una obviedad: igual al final enhumba, de manera que conviene guarecerse, hable uno español o alemán. No es tampoco una cuestión de orden o desorden.

Se oyó un cuervo pronto en la mañana. Ahí, sí es cuestión, no de desorden ni de orden. En tal caso, de atención.

Después, el cuervo, ese u otro -quién sabe de las idas y venidas o revueltas de los cuervos y sus revoltosas cabecitas-, veía cómo un remolino de hojas se formaba en una esquina desapacible.

(Por el aire frío y en rebumbio de hojas, hojitas de una gama interesante de amarillos, ocres colorados, rojos, si los ojos y el cerebro del cuervo, ese u otro, en realidad se fijaran en orden de atención que inmediatamente ha de ser cuestionada, igual su desorden. Porque quién sabe qué anda, pasa, anida en la cabeza de los cuervos. O cómo es para el cuervo la heladura, la lluvia helada, si su plumaje dispone de una capa aceitosa por donde el agua se desliza, aunque sea sorimba y engañe y al final empape. Es decir, enhumbe en todo idioma y su posibilidad de apaciguamiento, si es hallada la palabra, si es hollada la palabra, el orden acentuado, el cantadito mudo por distinto).

Mientras, el cuervo, ahora sí, no solo atiende sino que da saltitos alrededor de las hojas arremolinadas. Y porque da saltitos, busca y picotea las hojas amarillas, ocres, coloradas, rojas, pero se empapa, claro que se empapa.

Una historia como las lamas de niebla sobre el Spree

Ernesto Suárez



2013

Una cuesta empinada, que no hay, hubiera sido el lugar ideal para el salto, la huida o la simple conciencia de que venían, que vienen.

Todo, entonces, clarito: los encerramos para matarlos como conejos.

La tapa de este libro ha sido elaborada con cartón reutilizado, cortado y pintado a mano en Talleres Cartoneros organizados por CARTONERA ISLAND.



Una historia como las lamas de niebla sobre el Spree
por Ernesto Suárez Rodríguez se encuentra bajo una
Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-
SinDerivadas 3.0 Unported.

Colección Cartonera Island Poesía

cartoneraisland.lacasatransparente.net

Islas Canarias, 2013

Siempre solares baldíos. Seña apropiada. Señal. Se ocupa la huella, el hondón.

Hubo hornos, casas, palacios dinamitados. Hay hambre aquí y allá. Hayas: árboles para el gran frío. Tocones después, ahora ausencia.

¿Qué más? Incendio.

Lo más desnudo: escribir. Lo más humilde: montículos. Amontonar.

¿Qué más? Sin cielo. Cincelar. Sin celar.

Si el tiempo es un perro negro, y lo es,
¿por qué siempre veo su aliento,
una respiración naranja y rectangular
en lo oscuro?
Es lo que veo, dirías tú, tiene ser lo que vieron mis ojos.
CHARLES WRIGHT

Si tuvieras memoria
Nada sería distinto.
ANTONIO MÉNDEZ RUBIO

La cosa es sencilla: el golpe de frío golpeó este día. Se acabó la viviandad.

Así que anda rapidito, que los pies entumecidos no paren porque cala.

Igual podría decirse del temor, pero el aterrado y lo aterrador llegaron con él adherido, agarrado sin diminutivo, sin disminución, sin eliminación o acción de hacer no visible, que es una forma poco elegante para no hablar de muertos que aparezcan.

Se increpa, incluso serenamente, en este mundo repleto de muertos no aparecidos.

Si cae el frío durante la madrugada.

Si el aire gélido que alcanza los pulmones de quien camina en la madrugada no cargase azufre, nitrógeno, hollín, carcoma oscura.

Si el peso de su cuerpo no quebrase los cristales chiquitos de hielo. Si el cuerpo no los derritiera casi instantáneamente: el crujido, leve, apenas audible, sobre el pavimento.

Si en la escarcha quedase la huella y de los pasos hubiese.

Caudal: el sueño del río. Pasa ahora helándose, aunque se observe desde una ribera inexistente.

Hielo también en el sueño: un resquebrajarse que no limpia la mirada.

Nada es inocente. Nadie ¿Sería?

Márgenes. Asentamiento siempre al borde, al límite, que siempre está en otro sitio: embarradas las suelas y el vaho al espirar.

En la noche se habla mientras se sueña.

Como si fuese origen.

El parque es un manchón verde en el mapa. Nada se conoce o lo conocido es la extrañeza de los nombres.

La luz anaranjada de la noche no encuentra el río que cortan los reflejos. Una y otra vez fue desviado, en mil ocasiones se elevó y mil tiempos lo ocultaron.

El río que no es el nombre.

Se asopanda la bruma: viene también de atrás la lengua.
Enfría por lo extraño: pasma.

Ahora, diríase que nada cabe aquí, si aquí es lejanía o la imposibilidad del alumbre, cuando se quisiera aparición de sol grande, por encima: al tajo, al asalto.

Como cuchillada blanca y no sangre abrumada. Aunque.

Ahora el recodo del río, el remanso.
Sí, si la mansedumbre hubiese.

Aquello que se excava: tierra apelmazada, humus estéril, restos que han sido.

Nada queda del Gran Hotel: fachada baja, tres ventanales ciegos. Se lleva a todos los muertos en los ojos.

Urge el paso.

Diminutos los adoquines grabados. Y ya no más columnas de humo al cielo.

Si los caminos repitesen: fue hogar.

Cortinón de fieltro rojo, tabaco, grueso entre las dos puertas. Una abre hacia la calle. La otra, paciente.

Lámparas verdes que proyectan sobre las mesas, de madera oscura, luz amarilla, mortecina, pero que va ganando brillo, a medida que cae la tarde afuera y la luz en las ventanas azulea aceras, muros de ladrillo del hospital enfrente.

Alfombra de motivos florales, extendida sobre piso gris, envejecido.

Sillas y mesas descansan sus patas sobre la alfombra. Mesas redondas, rectangulares, cuadradas. Cinco sillas, cuatro sillas, ocho, según la dimensión de la mesa correspondiente.

Sonidos de platos, copas, vasos, vajilla blanca, simple, sin adornos.

A pocos metros de aquí, alejándose del río, el cementerio arrasado.

Sin lápidas. Tampoco restos. Sí césped como el de un parque, junto a edificios de media altura, recientes, paredes sin grafitis; calle igual sin adoquines, no grises, no doraditos.

El cortinón de fieltro pesado color tabaco, rojo, entre las puertas que abren en sentidos opuestos, trata de impedir que avance el frío.

La lámpara, que quedaría oculta tras la puerta si esta se abre, ilumina el vestíbulo de la casa, aunque también su luz amarilla (tenue) aumenta la penumbra (y el desasosiego) desde y ante ciertos rincones oscurecidos, cegados a la mirada, si ésta no fuera tenaz, inquisitiva, si quisiera sólo posarse escasa (y tenue).

Además, quien traspusiera el umbral rompería (su cuerpo opaco) el haz de luz que los ojos imaginan: el brillo nunca es el del torso, el del perfil más humano.

Ese triángulo (lámpara, tenacidad y torso) se hace entonces inútil para cualquier localización precisa.

Así es el paso del mundo. También lo que nunca ha sido y la dispersión de la vida, y su continuo movimiento.

Se albea a la memoria de los muertos, cuando los muertos tienen lugar. Allí, mi hermano, mis abuelos, mis tíos. Alguien quisiera siempre.

Se sellan las grietas abiertas por el calor, por el frío.

Sol blanco fulja hacia dentro. Se sellan destino y acuerdo.

Sea. Si los muertos tienen lugar.

Los custodios se reclinan, reposan su cansancio sobre la piedra. Esperan la caída de esa siempre primera nieve.

Razón exacta de mundo: sobre la ventana gotas resecas de la lluvia pasada, aunque en realidad sólo se aprecian las motas de polvo, adheridas al cerco cuando relumbra el cristal, iluminadas por los reflejos del sol. Levantando.

La combinación de tonalidades necesita del tiempo:
repetición, gama, arco.

Tiempo al tiempo pues: templete, temblor bajo la arcada,
cacería de gamos, cacería de hombres que, irrevocable,
siempre se repite.

Temblor ante el tiempo de templete: discursos y los
grandes tilos, o pedacitos de los cristales rotos. Pero no
para culminar vitrales.

Pintadas en los muros, indistinguibles, unas sobre otras,
borrones. Como la historia.

Las nubes, tras pasar hasta el frente desde el fondo de la
imagen, hacen visibles los haces de luz mientras ocultan el
cielo, las huellas. Después se pierden de vista.

¿Los custodios olvidan, olvidaron, volvieron de las alturas
que no eran sino también el afuera del cielo?

¿Con la frente pegada a la piedra, sueñan los custodios el
sueño del cielo? ¿Esperan como alivio el frío de la nieve?

En la mañana, la plata del cielo, la cuenta de los días.

No noche sin escritura. No ocupación de la lengua. No ocupación de los ojos. No alambrada. No muro que marque. No frío a la espalda. No delación entre dientes o sonrisa. No razón de estado.

En la mañana, la plata de los días. En la mañana, la cuenta del cielo.

Aún cálido el otoño.

Andas, y de tanto en tanto miras al cielo blanquecino: buscas el quehacer de los vientos. Supones llegan del sur, aunque de nada conviene estar seguro: hubo un día en que aquí enmudecieron las plegarias.

Para sobrevivir, el dibujo ha de ser minucioso. El gesto se hace preciso; el objeto, mínimo, que quepa en un soplo.

Igual las plaquitas de Thea, de Viktor. Doradas.

Alguien dibuja justo al lado: tinta negra, carboncillo. Sobre el papel los gestos revuelan, revolotean sobre finísimo papel de arroz.

Sí, el trazo y las revueltas.

Tan rápidas, tan inmediatas, dicen: sin más. No se ven, no caben, se amontonan las revueltas, se amontonan los trazos. Pero, ahora, quien dibuja para: deja.

La mirada es siempre abandono.

En cierto poema breve sobre algunos árboles, Ashbery escribió: el lienzo del que emerge. La distancia está ahí, justo donde nada hay de los árboles -ni siquiera un manchón- pero todo permanece.

Al borde, insiste el poeta, al borde al borde al borde: la inclinación hacia lo más apacible que desplaza y figura. Tilos, brezos, hayas que nunca estarán ahí, aquí: nada.

Si se le diera la vuelta, se contemplan se templan dos opciones. En una, el manchón es la huella de un contenedor de basura que alguien quemó arrebatado, ensimismado. Cabría imaginar la imagen del fondo de los ojos ardiendo para que el plástico fundido marcase el regusto: la garganta y las fosas nasales, los espasmos con la tos, la frente donde bombea rabia el humo rabioso que hubo, que hay, sí, al fondo: estallido invisible.

El manchón sería negruzco y por partes verdeanaranjado, sombra que se desborda: espesa, como si brotase de caldero pero que de nuevo solo viene de la nada. El manchón informe es una costra que permanecería, esta sí, durante días o semanas o meses. Los pasos la esquivan, van. La ruta se hace impensada.

La segunda opción resulta practicable sobre lienzo y también menos densa. En vez de fuego, sangre.

El trazo sería levemente encarnado acentuándose el ocre con el paso del tiempo: aguada.

La belleza de esta técnica se alcanzaría si se sabe diluir correctamente la tinta. Y que se plasme distintas franjas entre la luz directa y la sombra total.